

MEMORIA DE TOMELLOSO

Un día volveremos al "país de las viñas",
allá donde las tardes son igual que un espejo
en el que la memoria se contempla su imagen,
y es resplandor de pronto el corazón temblando.

Volveremos, y el día se tornará caudal
como la luz precisa que adelanta el prodigio
de las anunciaciones de sus propios milagros:
el carro de las mieses, las serillas de uvas,
las ventanas abiertas al otoño y al campo,
o Dios entrando en casa para cenar contigo.

Un día volveremos al "país de las viñas",
al lugar donde Eladio Cabañero miraba
pasar por Río-Záncara sus versos y los trenes
de la infancia, o los mostos de la alegría entonces
nos temblarán de música la ebriedad de las manos.

Un día volveremos a Tomelloso. El aire
nos pondrá entre los labios la añoranza y el fruto
de un asombro ardoroso tan subido de grados.

Mientras, aquí en Madrid, en las prisas finales
de la conducta, lejos de la vendimia, lejos
de la anchura infinita que en Tomelloso tiene
la paz, el sol, el largo cordel de los paisajes
desatados, estamos tristeando en el frío,
o buscando un poquito de amor que nos cobije.

Aquí, donde ahora nadie nos pronuncia palabras,
musicales y antiguas como en la Mancha, dulces
proverbios luminosos, los refranes rurales
en los que Dios y el haza se confundían prietos
de una querencia íntima como un beso de lumbre,
quedamos recordándonos hasta a nosotros mismos.

